

QUERRELLA DE MODERNOS Y NEOMODERNOS (NEONORMALES)

Artistas que publican en sus redes los procesos de realización de sus obras en cámara rápida, músicos que se reúnen para tocar piezas desde distintos puntos del mundo en un mismo video, shows y conferencias por streaming. La cuarentena puso en evidencia la necesidad estética del hombre ordinario y la pesadilla adorniana de la estetización de la vida masiva. Aquí, un rápido cameo por la “neonormalidad”.

POR MARIANO MAGNIFICO

Es sabido que la Modernidad se inicia con la cruda salida de la *peste* (hasta ahora) más grande de la historia. El Renacimiento, que los ilustrados catalogaron como una superación del estancamiento y el oscurantismo medieval, abre sus telones a la racionalidad del nuevo mundo moderno. La nueva *peste* del COVID-19 nos ofrece un fenómeno similar en un mundo mucho más globalizado que aquel del siglo XIV. Esto nos sugiere, en términos transhistóricos, observar el devenir en su no-linealidad como una vuelta posible. Al menos, como una reaparición de significantes traspolados a una realidad que siempre está, según las discusiones filosóficas, en el punto máximo de la racionalidad. No interesa pensar ahora si la peste de nuestro tiempo es proporcional a la que dio fin al dogma medieval. Sin duda, la escala para medir el alcance de la peste bubónica es mucho más reducida que la actual, así como también lo eran las proporciones de la *aldea global*. Lo interesante para este ensayo es observar cuáles son los signos continuos que ponen en jaque, una vez más, la condición humana (nunca mejor dicho) moderna frente a la amenaza.

Creo que el arco que se ha venido trazando desde comienzo de año hasta hoy inició con su *clímax*. El pánico, la hipersanitización de los objetos triviales, el insomnio, el resquebrajamiento del orden burocrático. Es filosóficamente lógico en tanto que la presencia de muerte es, para el hombre, una



situación límite. Sin embargo, el paso de los días (y meses) nos ha obligado a crear una nueva rutina. Surge una forma de *vida* pandémica, aún en atravesamiento.

Lo que diferencia la vida a comienzos de marzo y la actual fue el grado de adaptación frente al movimiento abrupto por la irrupción de lo insólito. Hoy, despertar en cuarentena es una rutina que tergiversa nociones que la racionalidad moderna había consolidado: tiempo, mundo, vida, muerte. La frase “en [este] contexto de pandemia” se ha vuelto un sintagma redundante que no aporta ni trastoca de modo alguno el discurso. La enunciación ya se produce desde y para la pandemia. Es, en definitiva, un pleonismo. Pensar una “nueva normalidad” es para algunos un “mal chiste foucaultiano”, como escribió Damián Tabarovsky en el diario *Perfil*. No obstante, basta hacer un registro del día propio para ver qué circuitos repetimos de una forma y no de otra. La concepción de la vida de la biopolítica foucaultiana: la vida es aquello que tiende al error, a la enfermedad, a la monstruosidad; por eso debe ser vigilada. Ahora, ¿qué pasa cuando la excepcionalidad ocupa la totalidad social?

Pensar, con fines lúdicos, un Foucault resucitado que se sienta en el canapé a mirar *Black Mirror* por *streaming* es tan escabroso como posible, como también lo es imaginar a H. G. Wells o a Mary Shelley leyendo noticias sobre clonaciones o selecciones fenotípicas. Si la excepción contamina el espacio de la norma, pues bien, no es descabellado pensar la peste del siglo XXI como paso a una inexorable y nueva Modernidad. Y como nuevo orden racional, una nueva normalidad, tan o más contradictoria que la actual.

Arte y ficcionalidad técnica

Desde Camus hasta Sarmiento, las lecturas del 2020 han revivido clásicos sobre la peste. Tomemos uno, tal vez el fundante. A mediados del siglo XIV, el italiano Giovanni Boccaccio escribió su *Decamerón*, al mismo tiempo que una bacteria que provenía de Oriente terminaba con no menos de un tercio de la población de Europa, es decir, de Occidente. El macroargumento es sencillo: un grupo de nobles, acechados por la pes-

te, se resguarda en un edénico palacio de campiña, a las afueras de Florencia. Para evitar el aburrimiento y desorientar las tensiones sexuales por la espera y la convivencia, organizan un juego en el que, durante diez noches, cada participante debía relatar una historia. Los cien relatos que conforman esta obra maestra configuran un universo que toca temas como la tentación carnal, el pecado, la vida cortesana, el engaño, la existencia humana.

Además de ser un material caudaloso para que Pasolini hiciera su revolución en el cine italiano, el relato bocacciano nos anticipaba algo presente en nuestro tiempo: el encierro produce ficciones. Aún más, las ficciones producen exponencialmente (para usar un adverbio en boca de los medios) otras ficciones. La ficción surge como juego, con los múltiples sentidos de *play* que el español ignora. Tomemos el caso de *Tik Tok*, la aplicación que aflora en la pandemia para destronar a *Instagram*. Se basa en la producción, circulación y consumo desmedido de microficciones. Bailes, lipsing, ventriloquismo, dramatizaciones. La *poiesis* a mano de cualquier persona y con un público infinito.

Las notas que Benjamin hacía en su ensayo sobre la obra de arte acerca de los nuevos mecanismos de producción y reproducción que ofrecía el cine se han vuelto no solo una constante sino condición de posibilidad en el arte pandémico. Los artistas plásticos publican en sus redes los procesos de realización de sus obras en cámara rápida. Los músicos se reúnen para tocar piezas desde distintos puntos del mundo (y con distintas particularidades acústicas y técnicas) en un mismo video. El teatro, que supone el aquí y ahora como condición necesaria, se ha vuelto una arte de consumo digital.

La cuarentena puso en evidencia la necesidad estética del hombre ordinario y la pesadilla adorniana de la estetización de la vida masiva. El arte pandémico no puede separarse de la vida. Recordemos que los *films* más vistos en Netflix a comienzo de abril fueron la película coreana *Virus* de Kim-Sung y el documental *Pandemia*. Este gesto, tan amarillista como autodestructivo, es signo de una ética y de una estética, en la que el arte pone en discusión lo que no se puede ver afuera. ¿No será acaso este fenómeno el cumplimiento del sueño benjaminiano? Con este nuevo arte global, desterritorializado y reproducible técnicamente, viene aparejada una democratización del consumo, aunque sin esconder sus aristas. La ficción del arte viene a suplir y a salvaguardar la ficción de la locura.

Taxonomía, cuerpo y propiedad

Es sabido, también, que el idilio igualador del paraíso comunista nunca es tal en el Estado democrático moderno. El aislamiento social, preventivo y obligatorio dejó en evidencia una taxonomización social que se había acrecentado durante los últimos gobiernos neoliberales. La propaganda fue concisa y mundial: permanecer en las casas. #stayathome, #restaacasa, #BlijfThuis, #ОстанетеСиВкъщи, #restezchezvous, #stațiincasă, #ficaremcasa, #quedateencasa, son algunos de los hashtags que aparecieron y reaparecieron en cada publicación en cualquier red social y anuncio televisivo.

Este fenómeno, mancomunado y globalizado, escinde al conjunto social en su misma consistencia sintagmática. No solamente porque un *hashtag* por sí mismo sectoriza y discrimina, sino que también me surge el siguiente interrogante: ¿cómo se espera que el *stay-at-home* pueda aplicar para un *homeless*? Lo ilustra el relato de Bocaccio: mientras los ricos se recluyen en la espera ociosa y en el divertimento de la ficción, los plebeyos permanecen afuera esperando a que la peste se les aparezca. La propiedad (o el acceso a ella) y el cuerpo son variables interceptadas en esta forma de dividir a los humanos ante la peste. Es una división, entonces, clasista. La brecha social heredada de los gobiernos neoliberales se incrementa con las políticas de Estado.

Recordemos el cuento de Poe “The mask of the red death” (1842), llevado al cine por Roger Corman (1964), situado a fines del medioevo, en el que en una mascarada de nobles, un extraño aparece, con su vestidura escarlata y su máscara, para dar muerte a los comensales. Es una infección inevitable que iguala a todo estrato social. Aún no se ha visto esto en la peste de nuestro tiempo, no con las noticias sobre el aumento de casos positivos en barrios populares y algún que otro político infectado y resguardado en una clínica costosa.

La peste de nuestro tiempo, originada por las clases medias acomodadas y las *élites*, aplica sus efectos de vida sobre un conjunto de cuerpos que no se ajustan a la programática de Estado. De allí que el último Foucault, el de casi siglo XXI, vea en el siglo XX un fenómeno de desestatización o “fobia al Estado”². Las prácticas de gubernamentalidad fluctúan según la política de cada Estado y en una polarización metodológica. O se privilegia la salud de los habitantes o se resguarda la economía liberal. En cualquier aspecto, el pobre pagará las deudas del rico.

Los últimos movimientos sociales contra el racismo estatal fueron ejemplos de la complejidad que conlleva mantener en silencio al monstruo, incluso hasta la asfixia. No es casual que los mayores epicentros de las protestas hayan sido los dos países más bien inclinados a políticas neoliberales de derecha. El grito de la raza no niega la existencia visible de una exclusión también por clase. El amontonamiento de personas (y de ese conjunto de personas) contra el Estado es una gota del elixir médico que promueven las políticas más bien mercantilistas. El peligro está en el afuera, pero bien, estar dentro es un privilegio.

Medicalización: Una nueva mirada

Los médicos del siglo XVII, los llamados *dottori della peste* para los italianos o *Doktor Schnabel* (doctor pico) para los alemanes, vestían atuendos y máscaras avicomorfas. Tenían una suerte de pico que les permitía mantener distancia entre el rostro del médico y del enfermo. Basta ver algún grabado de la época para describirlo: tapado y guantes de cuero negro, sombrero de ala ancha, una vara para examinar al paciente. La parca. Del mismo modo que funciona una vacuna (el objeto mesiánico 2020), combatían a la muerte con otra muerte.



Hoy, la calle se volvió un espectáculo del enmascaramiento. Estamos en un orden en el que la experiencia y la medicina son indisolubles. La apariencia física, la comunicación y la indumentaria están atravesadas por la lógica del barbijo. Ya no es solamente el profesional quien cura la enfermedad, sino la gente común que la previene. El barbijo permite, a su vez, la autoconsciencia (aunque no sin margen de error) para que los sujetos reaparezcan en el (peligroso) mundo social. Es, de alguna forma, una medicalización de la vida.

Escribió Michel Foucault: “Incluso cuando el médico, en su trabajo, arriesga su propia vida o la de otros, se trata de una cuestión de moral o de política, no de una cuestión científica”³. Ahora bien, el *juramento*, que empodera a la vez que condena, y la vida se entremezclan en el hospital. Vale recordar el video de los enfermeros del Hospital Ramos Mejía. Una profesional de la salud convoca en asamblea a sus compañeros para reclamar al Estado equipamiento necesario para resguardarse de los casos infectados. La frase que consuma el fervor de los aplausos: “No quiero que me cuiden después de muerta, quiero que me cuiden antes de morirme”. Los profesionales de la salud son tanto los héroes a quienes la sociedad aplaude desde el balcón cada noche como también el enemigo interno de cada edificio. Es el cuerpo que va a la guerra, pero el agente más peligroso para la armonía vecinal.

Volviendo a Benjamin: ¿qué ha quedado del paseante urbano inmerso en la multitud? ¿De qué forma se trastoca la experiencia ante el *shock* de una ciudad más bien vacía? La mirada reafirma su hegemonía y los ojos son el órgano rector. Por ella vemos y somos vistos. Por ella hablamos. Pensemos en el amor más cortesano. Durante el Renacimiento, el amor adoptaba una lógica virósica: entraba por los ojos, sin quererlo, tomaba el cuerpo y dejaba en disposición de la fortuna el bienestar o malestar del infectado. Si los ojos son, como se pensaba en la Modernidad temprana, espejo del alma, hoy debemos volver a ese axioma para volver al flirteo espontáneo y confiar como nunca en el contacto visual. La mirada del otro nos invita a construir de forma imaginaria el todo debajo del barbijo.

Mi vida por una pantalla

Y si la mirada adquiere un nuevo rol protagónico en la neomodernidad, no será de extrañarnos el creciente desarrollo de la industria oftalmológica. A la par de una medicalización de la ética y una tecnificación de

la estética, la nueva normalidad incluye su digitalización. El distanciamiento social no ha sido impedimento para el contacto, puesto que aparecen otras formas de tele-subjetivación. Una nueva variación que solo parecería *inventio* de la ciencia ficción. Cuando la vida biológica, tridimensional, la vida de contacto es anulada, aparece esta nueva forma que si bien ya existía, ha proliferado en la cotidianidad como un nuevo estatus de socialización. Me refiero a la vida virtual, tan clara por momentos como pixelada por otros. La familia, la amistad y el trabajo son ahora un nuevo simulacro, una tercera fantasmagoría del cuerpo. Superior al espejo, a la carta, a la fotografía y al teléfono. Reproduce de forma creciente la presentificación del otro a la vez que crea una imagen inexistente, al menos en la empiria. Le hablamos con vehemencia a una cámara que nos recorta y que recorta la percepción.

Hemos encontrado que muchas actividades, como el trabajo, resultan más eficientes con el advenimiento de la digitalización. Los tiempos de trabajo son otros. No es necesario que un despertador suene a las cinco de la mañana de un frío día invernal para comenzar la larga travesía al trabajo, sino que los tiempos son aún más flexibles que los propuestos por el *taylorismo* del siglo XX. Hacer más en menos tiempo y ser más feliz con ello. La neonormalidad arrolla, una vez más y aún más, al sueño del paraíso comunista por una máquina capitalista en saturación. Si los medios son extensiones del cuerpo humano, como nos enseñó Marshall McLuhan, la pantalla es el medio de intercambio humano.

Conclusiones: El monstruo y la vida

La película *La vida es bella* nos muestra los esfuerzos de un padre para traducir la experiencia trágica de un campo de concentración en un mundo de aventuras. ¿Cómo embellecer la experiencia frente a lo que muchos consideran una guerra virulológica? El enemigo invisible (como se lo ha llamado al virus) pareciera ser omnipresente. Frente a esta condición inevitable, el monstruo se vuelve parte de la vida, como ilustra el dibujo de una niña de tres años que tras la consigna de su maestra de “hacer un dibujo sobre el COVID-19” garabateó un simpático personaje de cómic. El esfuerzo de la racionalidad clásica por dominar al monstruo lo ha hecho estallar como lo hace un reactor nuclear ante la mínima fisura de su contenedor. Hoy, el monstruo está diseminado en todos los espacios del entramado social.

Todos estos torcimientos de la normatividad (todo este festín biopolítico) son síntomas de crisis. Creo que la peste del siglo XXI es una bisagra en la historia humana. La economía capitalista mundial se detuvo al menos por un momento; tal vez para reformular sus esquemas, tal vez para cargar energía en el resorte antes de salir disparada con más vigor. Cierto es que lo azaroso de esta peste ha hecho de la reflexión humana un pensamiento obligado y hasta trivializado. Pensar al hombre en la historia, como lo hicieron los humanistas y los ilustrados, es pensar un nuevo hombre, uno más bien superador. Cabe pensar(nos) como más modernos que los modernos; como neomodernos. Esto trae sus consecuencias. Si la modernidad erige un discurso de la normalidad basado en la racionalidad, pensarnos como sujetos de una nueva modernidad conlleva pensar una neonormalidad. Este nuevo orden conlleva lo que toda red inmanente de poder: la inclusión de ciertos sujetos y el aislamiento o exclusión de rarezas y otras monstruosidades. Bienvenidos.



1 Tabarovsky, D. "Libertad en la cafetería", *Cultura, Diario Perfil*, 17 de mayo del 2020.

2 Foucault, M. "Fobia al estado" en *La vida de los hombres infames*, Altamira, Buenos Aires, 2014.

3 Foucault, M. "La vida, la experiencia y la ciencia" en: *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. (Comp. Giorgi, G. y Rodríguez, F.), Paidós, Buenos Aires, 2017.